

Roberto Fragomeno

**La síntesis del esfuerzo.
Doscientos años de la *Ciencia de la Lógica*
de G. W. F. Hegel.**

Presentación

Hay modos de discutir un libro de filosofía. El modo tradicional consistiría en una discusión internalista, técnica, erudita del texto en cuestión. Y otro que trataría de desentrañar herencias; deudas intelectuales y que nos ponen en una tradición que va desde el lenguaje más simple (el del ser) al más cargado de experiencia histórica (el del concepto). No hay contradicción entre estos modos de leer filosofía. Lo que sí hay (y mucho) es unilateralidad.

Si la lógica es la estructura “hablada” de lo real, la lógica es la actividad del sujeto. El concepto es la actividad del sujeto y la filosofía es el vehículo expresivo de lo real histórico. Por eso, hablar de Hegel (o de un libro famoso de Hegel) deviene en un estilo de pensar la filosofía de un hombre pero también el modo en que esta filosofía se elaboró por otros y se metabolizó en nosotros mismos.

Este libro es el de las interrelaciones. He señalado la de los modos de leerlo, pero en las dialécticas las interrelaciones son las de una transformación en el interior de un proceso. Pero una interrelación no alcanza para pasar de una etapa a otra, para asimilar una experiencia, para cambiar; esto solo se produce cuando la estructura queda privada de su carácter absoluto. Por ello, podemos leer este libro como una teoría de la expresión que no vehicula un mensaje divino, sino uno histórico.

Este libro representa una demanda de memoria contra Kant porque la ilustración ha roto la

secuencia del sentido. La lógica de Hegel sutura esa herida llenando de historia la lógica. Una lógica sin historia es una historia sin sujeto, y si el sujeto no tiene antecedentes tampoco tiene futuro. A diferencia de Kant, para Hegel los conceptos no preexisten a la praxis. Los nexos lógicos no se deducen de los hechos. No hay una inmaculada percepción.

Por tanto, cada categoría es una mediación. Como ya se había anunciado en la *Fenomenología del Espíritu*, el lenguaje es uno de los componentes más importantes de toda mediación (el otro es el trabajo).

Por eso, es menester aclarar que no son dialécticas todas las actividades. La construcción de realidad es dialéctica, su expresión es lógica y cuando esa realidad está provisoriamente estabilizada podemos limitarnos a deducir con un método que Kant llamó “discursivo”.

El devenir dialéctico, su (mal llamado) método, consiste en construir interdependencias no establecidas entre dos categorías que nos llevan a considerarlas como “subsistemas” de una nueva categoría cuyos caracteres no pertenecen a las anteriores antes de su reunión.

Por eso, el devenir dialéctico conduce a relativizaciones de las categorías por el solo hecho de que la que antes aparecía aislada se pone en relación de interdependencia. La lógica dialéctica no define, ni clasifica porque no opera sobre las

similitudes sino sobre las diferencias que se producen, precisamente, por el solo hecho de poner categorías en relación y ver el surgimiento de una significación que no estaba presente antes de esa puesta en relación. Por eso, el “destino” de cada categoría es desestabilizarse, empezar a tener problemas de adecuación respecto de su campo de significación. Y sin embargo, al ser reflexivas y transitivas, las categorías aseguran la continuidad del conocimiento.

Por último, no nos pasa inadvertida la posibilidad de una significación política de la Lógica. Sería exotérica, de verdades desagradables, pues sería la desfundamentación de los valores y la justicia que anima la vida en la ciudad. El devenir del logos político destruiría la política no para la instauración de la violencia como pensaría Kant, sino para la universalización del goce de los productos materiales y simbólicos de la sociedad burguesa.